

Las manos más buenas

Un poeta llegado de tierras distantes, recorría las calles del pueblo en las primeras horas de la mañana.

Su rostro era alegre y el andar resuelto. Un viejecito que lo había observado con curiosidad, le preguntó:

—¿Qué miras, viajero, que has puesto risueño tu rostro y vivos tus ojos?

—He venido mirando las manos de esta gente, amigo. Las manos cálidas de las madres que enjugan las lágrimas de sus pequeñuelos o suavizan el dolor con una caricia; las manos rugosas de las viejecitas que, sentadas a la puerta de la vivienda, tejen sin descanso para el hijo o para el nieto; las del herrero, ennegrecidas y lustrosas, que forjan herramientas de labranza; las del carpintero, que construyen una cuna o la puerta de un hogar o una silla para el desvalido; las del albañil, callosas y blancas de cal, apilando ladrillos uno sobre otro, para levantar una morada. He mirado, amigo mío, las manos del artista que pintan una tela; las del escultor, que convierten el mármol en una forma bella; las del escritor, que dan vida a las páginas en blanco, hilvanando sobre ellas palabras armoniosas; las del músico, que arrancan a las cuerdas melodías dulcísimas.



¡Y a esas manos que guían el arado o manejan el martillo o riegan el árbol! ¡Y a esas manos piadosas que se juntan en un rezo!... Las manos que he visto en este pueblo, amigo mío, son las más buenas, porque están al servicio del amor, de la prosperidad y de la paz.

—¡Qué bien hablas, caminante!

—¡Oh! Nunca como esas manos que acabo de admirar. Su lenguaje es más bello y expresivo —repuso el poeta.

—¿Y piensas así de todas las manos que has visto en tus andanzas?

—¡Oh, no! Hay manos que nunca se movieron para el bien; son las que se cierran ante el mendigo que implora; las que se levantan para castigar a un ser indefenso; las que destrozan una rama florida o derriban un nido; las que son incapaces de cerrar una herida o acariciar la frente de los que sufren; las que roban y matan...

—¡Oh, basta, basta! —interrumpió el viejecito—. Háblame, te lo ruego, de las manos buenas, que están al servicio de la prosperidad, de la paz y del amor...

El tesoro del viejo labrador

Vencido por el peso de los años, el labrador yace en su lecho.

Largo y blanquísimo cabello cubre su cabeza, y en su rostro pálido, enjuto, el sufrimiento ha grabado profundas arrugas.

Su vida fue ejemplo de laboriosidad y de lucha tesonera. Con las primeras claridades del alba, comenzaba su labor en el cortinal y dejaba el arado después que se perdían en el ocaso las luces postreras de la tarde.



Siempre fueron ricas las cosechas de su cortinal, porque él sabía arrancar a la tierra sus mejores dones.

Una mañana sintió extraña opresión en el pecho; respiraba con dificultad... Hizo correr el cortinaje que guarnecía su lecho y llamó a sus tres hijos.

El doloroso presentimiento de un desenlace de su vida le hizo pensar que había llegado el momento de revelar el secreto que guardaba en el fondo de su alma.

Cuando sus hijos estuvieron cerca, se incorporó penosamente.

Su rostro, casi siempre iluminado por amable sonrisa, púsose grave; pocas veces lo habían visto así.

Todos permanecían cabizbajos y con el corazón apretado por la angustia.

El momento era de una desconcertante solemnidad.

Los mayores comprendían la intención del viejo labrador, y apenas si levantaban los ojos para mirarlo... La anciana madre se acercó a la puerta y corrió suavemente el cerrojo: ningún extraño debía importunarles en esa hora suprema.

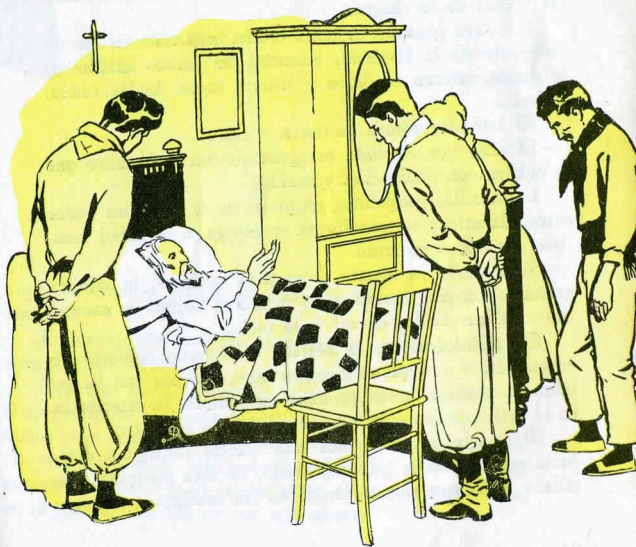
El viejo labrador se dirigió al mayor de sus hijos y le habló así:

—Te dejo un tesoro; el mismo que me legó mi padre al morir. Lo encontrarás si trabajas como lo has hecho conmigo. Está allá, en ese pedazo de campo que, año tras año, hemos cultivado. Cúdalos bien y no permitas que nadie te lo robe... Cuando yo me haya ido para siempre... sigue queriendo a esa madre que tan buena ha sido contigo y con nosotros todos... Tú eres el mayor y tendrás que reemplazarme, quizá muy pronto, quizá mañana mismo... Vela por tus hijos como yo lo hice por ti y por tus hermanos.

—Hijos míos: en el camino que recorrí no he dejado ninguna sombra, ninguna mancha... Vosotros lo sabéis..., lo habéis visto...

No pudo hablar más; su respiración volvióse más fatigosa, acelerada. Tenía la garganta seca, dolorida...

Dejóse caer sobre la almohada, y pocas horas después se quedó dormido dulcemente, para no despertar jamás.



En la chacra

Con las primeras claridades de la mañana comienzan las faenas de la chacra.

Las aves picotean el maíz recién esparcido en los alrededores de la vivienda, mientras las manos hábiles de la dueña extraen el dulce y blanco zumo de las ubres: la leche.

El labrador rotura la tierra y canta...

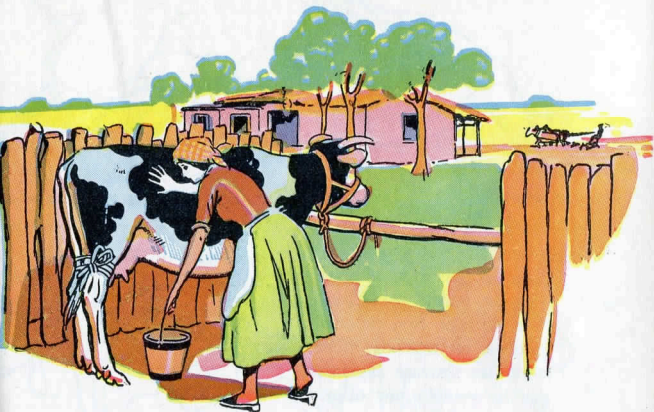
Él sabe que el suelo es generoso con el hombre que lo cultiva con dedicación y cariño.

La semilla, pequeñita, adquiere en el surco un poder extraordinario y se transforma en espiga, o en árbol frondoso, en flor o en fruto.

Si la tierra es blanda y no tiene malezas, la semilla germina con más fuerza y las primeras hojitas se asomarán a la luz, ávidas de sol y de rocío.

El labrador siente la belleza del campo cubierto de vegetación, y aunque no siempre sabe expresar con la palabra la emoción que le produce esa belleza, la exterioriza en el brillo de sus ojos y en la alegría de su rostro.

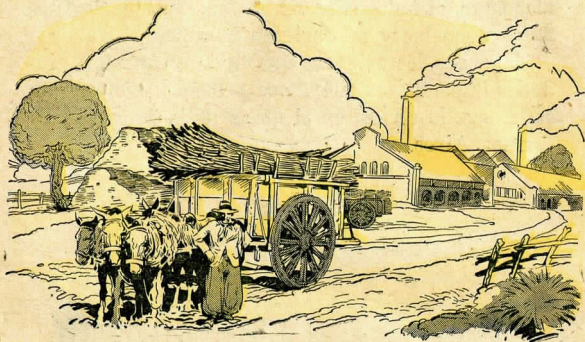
Ni el frío ni los vientos más fuertes consiguen detenerlo en su marcha junto al arado, de esta máquina sencilla y útil, cuya reja se hunde en las amelgas, para con-



vertir la llanura amarillenta en una sabana negra y reluciente.

El trabajo del hombre convierte en un jardín lo que ayer fue un yermo.

Hoy una humilde cabaña surge en la monotonía del llano; después será una mansión. Hoy es un paraje solitario; pero mañana se levantará en él un pueblo cruzado de vías férreas y pleno de actividad. Esta obra, que aumenta la grandeza de las naciones, se inicia en la chacra, en el modesto ámbito de los agricultores.



UN INGENIO DE AZÚCAR EN TUCUMÁN

Se trabajaba día y noche. Había tres turnos de obreros en las veinticuatro horas. El trepidar de las máquinas, conmoviendo el valle, parecía una cosa más del cielo que de la tierra. El ruido de los motores, de las centrífugas, de las grúas, de los vagones era insoportable en los primeros días. Pero, paulatinamente, se aceptaba como algo natural, tal como la luz o el aire. Se vivía en el gigantesco trá-fago de la fábrica, al cual colaboraban el alarido prolongado de los carreros, el tropel de los carros que llegaban de las colonias, el estrépito de acero y de cadenas de los largos trenes de carga y el silbato del que dirigía la maniobra de las grúas, que alza-

ban de un solo manotazo todo el cargamento de un carro o la mitad de un vagón, para precipitarlo a los trapiches. El aire estaba contaminado de un cáldido y penetrante olor a miel. De los cañaverales ya devastados, venían, de cuando en cuando, fugitivos resplandores de la hojarasca que se quemaba. Llegaban frente a la fábrica, a un enorme canchón, los vagones y los carros, con su carga de caña, y se detenían bajo las grandes grúas. El estrépito desconcierta, enloquece, aturde; se siente todo a medias, la carga de cañas moradas y relucientes, tomadas por la grúa, es paseada un instante por el aire; parece que va a precipitarse sobre nosotros. Luego, es enviada hacia el fondo, para caer en los trapiches.

Allí dentro se mueven los grandes cilindros de los trapiches que estrujan la caña hasta sacarle la última gota de jugo. Allí están los grandes calderos donde se hace hervir el guarapo para que vaya transformándose, poco a poco, en miel, la que a su vez, por sucesivas evaporaciones, dejará más tarde aclarada y purificada de las materias extrañas mediante las centrífugas. Y más allá las cascadas de azúcar blanca y brillante, cayendo vertiginosamente en las bolsas abiertas que, una vez llenas, son reemplazadas por otras. Y por el otro costado de la fábrica, el bagazo, resto de la caña estrujada y exprimida de su jugo, que descende por una pendiente movable, como un amarillento polvo que va a depositarse en los tachos vacíos. Es el despojo de la plan-

ta que ha entregado al hombre todo el sabor que supo captar de la entraña misma de la tierra.

La molienda se efectúa, así, entre el formidable estrépito que conmueve el suelo en un radio de media legua. Todos los rumores se mezclan y parecen combatir entre ellos; es una fragorosa batalla que tiene el aire por campo y que adquiere por momentos proporciones extraordinarias; es el ruido de los carros, el chocar de los vagones, el estampido de los émbolos, el acezar de los motores, el grito de los peones, el ronquido del motor que impulsa la fábrica y el ruido de la maestranza con el martillar de la herrería, el rezongar del serrucho de los carpinteros y el canto de los talabarteros y el vasto tumulto de los canchones y todo el rotundo rumor del taller —los hojalateros, los carreteros, los herradores—, cada cual con su grito, cada cual con el estrépito dominante de su trabajo.

PABLO ROJAS PAZ.

Trepidar: temblar, estremecerse. — *Centrifugas*: máquinas para elaborar azúcar. — *Grúas*: máquinas para elevar grandes pesos. — *Tráfago*: conjunto de faenas. — *Trapiches*: molinos para extraer el jugo de la caña de azúcar. — *Carchón*: aumentativo de cancha, lugar espacioso destinado a usos industriales. — *Guarapo*: jugo de la caña de azúcar exprimida. — *Bagazo*: residuos que quedan de la caña de azúcar después de haberle extraído su jugo. — *Captar*: recoger. — *Acezar*: ruido producido por el trabajo de los motores.



LOS ORÍGENES DE MUCHAS CIUDADES BONAERENSES

Existen en la provincia de Buenos Aires muchas ciudades que han sido en sus comienzos fortines. Azul, Bahía Blanca, Dolores, Olavarría, Tandil,

Chivilcoy, fueron, entre otras poblaciones, aquellos fortines alzados en la soledad del desierto para contener los ataques del indio.

Desde esos centros, hoy verdaderas ciudades, se combatió al salvaje. Se peleó a lanza y a sable. También a lazo y boleadora.

Mientras tanto, en sus contornos se sembraba el maíz, el trigo y la cebada. Se cultivaba el campo. La población de los fortines fué creciendo y los gauchos pastores comenzaron a llevar sus ganados por la vecindad. Los indios mansos, al lado de la gente blanca, iniciaron su vida de paz y trabajo.

De los fortines llegaban y salían las carretas. Los caminos, al llegar el tren se transformó en un focarse.

Un día, atravesando el desierto, llegó la locomotora. Y si antes el fortín fué un cruce natural de caminos, al llegar el tren se transformó en un foco de progreso y civilización.

El fortín inició su comercio activo. Desalojado el indio, los pobladores, tren a tren, se pusieron a cargar los frutos de la tierra. Y así siguieron vendiendo y comprando, cargando bolsas y descargando mercaderías de retorno que el intercambio comercial iba volviendo más y más nobles.

Los trenes empezaron a traer pulidos muebles de la metrópoli. Al catre lo reemplazó pronto la cama; a la tirante lona, el mullido colchón. Se levantaron edificios. Se alhajaron las posadas. Rodeado de

bienestar, el hombre se sintió más fuerte. Se fundaron escuelas y se abrieron caminos.

Tales son los orígenes que tuvieron muchas ciudades importantes que ahora podemos señalar, con sano orgullo cívico, en el mapa de la provincia de Buenos Aires.



Fortines: pequeñas fortificaciones para la defensa de un ejército. — *Lazo*: cuerda trenzada de cuatro tientos de cuero vacuno, del grosor de un dedo, con una argolla de hierro en la punta para hacerla corrediza. Mide de diez y siete a veinte metros; en el campo tiene diversos usos. Los gauchos hicieron del lazo un arma ofensiva. — *Boleadoras*: arma ofensiva de dos o tres bolas de piedra u otra materia pesada, forradas de cuero de potro y sujetas a otras tantas tiras. Era un instrumento de caza y pelea.

En la región del azúcar

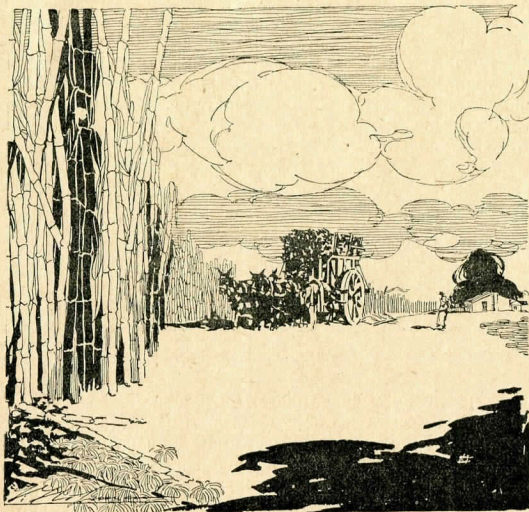
EN los plantíos y en los ingenios azucareros, al terminar el trabajo, cada peón tiene el derecho de llevar dos cañas. ¡Y es de ver con qué amor las eligen, cómo saben descubrir en una carretada, al primer vistazo la caña más larga, la más gorda, la más dura, la más jugosa! Salen para sus hogares en procesión, con una caña bajo el brazo para la china y los indiecitos y la otra embocada como una larga flauta que no suena pero que sabe a gloria... La primera vez que los vi, se me ocurrió que aquellos muchachos grandes iban de broma, pero no era así: iban metiéndoles el diente, devorándolas con el ansia de seis horas continuas de trabajo y de sed. Si se les permitiera, comeríanse cañaverales enteros. "Cada indio es un trapiche", suelen decir los dueños de los ingenios para expresar su consumo de cañas de azúcar. Llega a calcularse que, entre todas las peonadas, consumen lo bastante como para fabricar dos mil toneladas de azúcar!

El espectáculo de la vuelta de los peones a sus casas con las cañas resultábame de lo más característico y atractivo. La chiquillería corría por grupos a recibir al padre, y lo peleaban por la caña; pero él la entregaba a la madre, no menos deseosa que sus hijos de hincar los blancos dientes en la dulce y pastosa fibra. Con un gran cuchillo separaba la china su parte, y cortaba el resto por los nudos en tantos trozos como hijos.

El vasto cuadro aparecía, en unos minutos, cubierto de muchachitos, chinas y peones, cada cual con su flauta en la boca, produciendo al masticar la pulpa fibrosa, ese rumor áspero y sordo de los rumiantes cuando mueven a compás

sus molares. Era el momento propicio para todos, hasta para las gallinas, los chivos y los perros que corrían detrás de los chicos esperando que tirasen la caña ya chupada y masticada para comer ellos el resto. En cada hogar se cocinaba el loco de carne y maíz, pero nadie se acercaba a la olla, mientras quedaba un bocado de caña. Y había allí, en aquella hora, de regodeo, una alegría visible, que casi se podía tocar con la mano!...

Manuel Bernárdez.



La industria ganadera en la Pampa

LOS caballos y vacas traídos por los españoles y abandonados en las desiertas pampas a mediados del siglo XVI, habíanse multiplicado prodigiosamente. Transcurrido apenas un siglo, el ganado vacuno salvaje constituía ya inagotable fuente de riqueza, explotada de una manera bárbara y primitiva. Las naves españolas que, con permiso especial, venían de cuando en cuando a Buenos Aires, cargaban a su regreso gran cantidad de pieles, y mucho más cargaban de contrabando las inglesas, portuguesas y holandesas. Las pieles que se vendían eran sólo de toro, y no de cualquier toro. Como se decía corrientemente, debían ser “de ley”, es decir, de cierta medida, siendo rechazadas por los mercaderes las que no la tuvieran. Así es que, como no todas eran de medida, para enviar cincuenta mil pieles a Europa sacrificábanse ochenta mil toros. Algunos campesinos, por puro placer, perseguían y mataban millares de toros, de vacas y terneros, y, sacándoles sólo la lengua, abandonaban el resto en el campo.

Mayor estrago aún hacían los que iban a buscar grasa, que entonces servía en lugar de aceite, de tocino, de manteca, y también de materia combustible. Producida una espantosa mortandad entre los silvestres rebaños, sacaban ellos de los animales suficientemente gordos, un poco de grasa,

y cuando habían cargado bien sus carros, volvían sin cuidarse de lo demás.

El sistema de que se valían los naturales para hacer tanto estrago, era el siguiente: dirigíanse las gentes a caballo a donde sabían que se encontraban muchas bestias, y, llegados a la campaña, rodeaban el ganado hasta detenerlo en un punto. Formábase allí el rodeo, y comenzaban entonces los gauchos a correr a caballo en medio del ganado, armados de un instrumento cortante de hierro, en forma de hoz o de media luna, atado a la punta de un asta. Con él daban un golpe al toro en las piernas de atrás, tan diestramente, que le cortaban el nervio sobre la juntura; la pierna se encogía al instante, hasta que, después de haber cojeado algunos pasos, caía la bestia sin poder levantarse más. Seguían los gauchos su carrera de muerte a través del rebaño, hiriendo a diestra y siniestra, otros toros y vacas que, apenas recibido el golpe, caían imposibilitados de huir. De este modo, dieciocho o veinte hombres, postraban en una hora setecientas u ochocientas reses. Imaginaos qué destrozos harían prosiguiendo esta operación un día entero y a veces más. Cuando estaban saciados de exterminio desmontaban del caballo, reposaban y se restauraban un poco. Entretanto poníanse a la obra los hombres que estuvieron antes descansando, enderezaban las reses caídas, arrojábanse sobre ellas a mansalva, las degollaban, les sacaban la piel y el sebo, y algunas veces también la lengua, abandonando el resto a los caranchos y chimangós del campo.

Cayetano Cattáneo.